

—Berta no ha podido parar en casa esta mañana—prosiguió Caleb.—Temía, seguro estoy, oír doblar las campanas, y no podía resistir el verse tan cerca de ellos el día de sus bodas. Hemos salido, pues, tempranito, y hemos venido aquí. He reflexionado bien lo que hago—añadió tras una pausa.—Me he reprochado toda la pena que le he producido, y he deducido que lo mejor es, si quiere usted permanecer conmigo durante ese tiempo, que le diga usted toda la verdad. ¿Quiere permanecer conmigo todo ese tiempo?—la preguntó temblando de pies a cabeza.—No sé el efecto que producirá en ella; no sé lo que va a pensar de mí; ignoro si, después de esto, seguirá amando a su pobre padre. Pero es menester que sea absolutamente desengañada; en cuanto a mí, sean cuales fueren las consecuencias, justo es que las sufra.

—Dot—dijo Berta.—¿Dónde está su mano? ¡Ah! ¡Aquí está! ¡aquí está!—Llevóselo a los labios con una sonrisa y atrájola bajo su brazo.—Les he oído cuchichear entre ellos, la noche pasada, y criticar la conducta de usted. Hacían mal.

La mujer del trajinero estaba silenciosa. Caleb contestó por ella:

—¡Hacían mal!

—Lo sabía—exclamó arrogantemente

Berta.—Se lo he dicho. ¡No me he dignado escuchar una sola palabra! ¡Criticarla a ella! ¡Quite usted allá!—Y estrechaba en la suya la mano de Dot y aproximaba su mejilla a la de ésta.—¡No, no soy todavía lo bastante ciega para eso!

Colocóse su padre a su derecha, en tanto que Dot permanecía a su izquierda, cogiéndole la mano.

—Les conozco a todos ustedes—dijo Berta,—mejor de lo que se figuran; pero a nadie tanto como a ella, ni siquiera a usted, padre mío. No hay nada tan puro y tan verdadero como ella en todo cuanto me rodea. ¡Si pudiera yo reconocer en este momento la vista, la reconocería entre una multitud numerosa, sin que tuviera que decirme ella una palabra!... ¡mi hermana!

—¡Berta, hija mía!—dijo Caleb.—Tengo sobre la conciencia algo que necesito decirte, mientras estamos a solas los tres. ¡Escúchame con bondad! ¡He de hacerte una confesión, ángel mío!

—¿Una confesión, padre?

—Me he apartado de la verdad y me he perdido, hija mía—contestó Caleb, con una expresión desgarradora que le descomponía todas las facciones.—Me he apartado de la verdad, por el amor que te tengo, y este amor me ha hecho cruel.

Berta volvió hacia el padre su rostro,

en el que se pintaba excesiva extrañeza, y repitió:

—¡Cruel!...

—Se acusa hartó severamente, Berta —dijo Dot.—Pronto se lo dirá usted... Será la primera en decírselo.

—¡Cruel para mí, él!...—exclamó Berta, con una sonrisa de incredulidad.

—Sin quererlo, hija mía—dijo Caleb.—Pero lo he sido, aunque no lo he notado hasta ayer. ¡Hijita mía ciega, escucha y perdóname! El mundo en que vives, hija de mi corazón, no existe tal como yo te lo he presentado. ¡Los ojos de que te fiabas, te han mentido!

Berta volvió de nuevo a él su rostro, en el que se dibujaba una sorpresa cada vez mayor; pero retrocedió y arrimóse más a su amiga.

—El camino de la vida era rudo para ti, amada hijita—prosiguió Caleb:—yo he querido hacértelo más dulce. He alterado los objetos, desnaturalizado la índole de la gente, inventado muchas cosas que nunca han existido, para hacerte más feliz. He tenido secretos para ti; te he rodeado de ilusiones, ¡Dios me perdone!, y te he colocado en medio de una existencia llena de sueños.

—¡Pero las personas que viven no son sueños! —dijo precipitadamente Berta, palideciendo y apartándose aún más de él.—No puede usted variarlas.

—Sin embargo, lo he hecho, Berta—confesó Caleb.—Hay una persona que tú conoces, palomita mía...

—¡Oh padre! —exclamó la joven en tono de amargo reproche.—¿Por qué dice usted que la conozco? ¿Conozco a alguien o algo, yo, pobre miserable ciega, que no tiene guía?

Con el corazón angustiado, tendió las manos, cual si buscase a tientas el camino; luego se las llevó al rostro, con un ademán de tristeza y de sombría desesperación.

—El que se casa hoy—dijo Caleb—es un hombre egoísta, avaro, déspota; un amo duro para ti y para mí, hija mía, desde hace muchos años, tan horrible de cara como de genio, siempre duro y frío; completamente distinto del retrato que de él te he trazado, muy diferente, por todos conceptos, hija mía, por todos conceptos.

—¡Oh! ¿por qué—exclamó la ciegucecita, presa de cruel tortura, casi superior a sus fuerzas,—por qué ha hecho usted eso? ¿Por qué haber colmado siempre mi corazón, para venir luego, como la muerte, a arrancar de él los objetos de mi amor? ¡Oh cielos, qué ciega soy! ¡Cuán sola y sin asistencia me hallo!

El padre bajó desconsolado la cabeza y no respondió más que con su arrepentimiento y aflicción.

Berta se entregaba desde hacía apenas un momento a esos violentos arrebatos de pesar, cuando el grillo, que sólo ella oía, empezó su crri, crri; mas no alegremente, sino en tono bajo, débil, melancólico, y tan triste, tan lúgubre, que Berta se deshizo en llanto; y cuando apareció tras ella enseñándole al padre, la imagen que había estado toda la noche al lado del trajinero, brotáronle las lágrimas a torrentes.

Pronto oyó también más claramente la voz del grillo; y aunque sus ojos no podían ver aquella imagen misteriosa, sentíala su alma revolotear en derredor del padre.

—Mary—preguntó la ciegucecita,—dígame lo que es mi morada; dígame cómo es realmente.

—Es una pobre vivienda, Berta; muy pobre y bien desnuda en verdad. Difícilmente abrigará a ustedes la casa otro invierno contra la lluvia y el viento. Está tan mal resguardada contra el mal tiempo, Berta—añadió Dot en voz baja, pero clara,—como su pobre padre con su gabán de arpillera.

Levantóse la ciega, agitadísima, y llevóse aparte a la mujer del trajinante.

—¿Y de dónde venían esos presentes que se anticipaban a mis menores deseos y que con tanto agradecimiento yo recibía? ¿Me los enviaba usted?

—No.

¿Quién, pues?

Dot vió que ya lo adivinaba, y guardó silencio. La ciegucecita tapóse por segunda vez el rostro con las manos; pero con una expresión muy diferente a la de antes.

—¡Un momento, Mary querida! ¡Sólo un momento! Venga aquí un poco... Hábleme más bajito. Sé que es usted sincera... ¿No querrá engañarme, eh?

—¡No, Berta; de veras!

—No; segura estoy de que no lo haría usted. Me compadece demasiado. Mary, mire usted a través del cuarto, el lugar en que estábamos ha poco; el lugar donde está mi padre, mi padre tan compasivo, tan lleno de amor por mí, y dígame lo que ve.

—Veó—dijo Dot, que la entendía perfectamente—un anciano sentado en una silla, tristemente recostado contra el respaldo, con el rostro apoyado en una mano, como si necesitase a su hija para consolarle, Berta.

—Sí, sí, le consolará... Continúe.

—Es un anciano gastado por las preocupaciones y el trabajo; un hombre flaco, abatido, meditabundo, cuyos cabellos encanecen. Le veo ahora desesperado, doblado en dos, abrumado por el peso de sus penas. Pero, Berta, ¡muchas veces le he visto anteriormente luchar

con valor y constancia por un objeto sagrado y grande! ¡Por eso venero su cabeza gris y le bendigo!

La ciegucecita se apartó de ella bruscamente, y, postrándose de rodillas ante el padre, cogió la blanca cabeza de éste y la estrechó contra su corazón.

Caleb no hallaba palabras para expresar su emoción.

—¡No hay en la tierra cabeza bella y noble—exclamó la joven ciega teniendo abrazada la de su padre—que pueda yo amar tan tiernamente, que pueda querer con afecto tan fiel como a ésta! ¡Cuanto más blanca y triste está, tanto más querida es para mí! ¡No vengan ya a decirme que soy ciega! ¡No hay en su rostro una arruga, ni en su cabeza un cabello, que en lo sucesivo se me olvide en mis oraciones y en mis acciones de gracias al cielo!

Caleb intentó balbucir: «¡Berta mía!»

—¡Y yo, ciega de mí, que en mi enfermedad, lo creía tan diferente!—dijo la joven, mezclando lágrimas de la más viva ternura a sus caricias.—Verle día tras día junto a mí, preocupándose por mí siempre, y no haber pensado nunca en esto!

—¡El lechuguino de tu padre, Berta, con su lindo traje azul!—dijo el pobre Caleb.—¡Berta mía!

—Nada se ha ido—respondió ella.—

¡No, querido padre! ¡Todo está aquí en usted! El padre a quien yo amaba tanto, el padre a quien nunca he amado bastante ni he conocido lo suficiente, el bienhechor que al principio comencé a venerar y amar, porque tan tierna simpatía me mostraba, todo se encuentra aquí en usted. ¡Nada ha muerto para mí! ¡El alma de cuanto era para mí lo más querido, aquí está, aquí, con su rostro marchito y su cabeza blanca, y, además, ya no soy ciega, padre mío!

Durante ese discurso, toda la atención de Dot se concentró en el padre y la hija; pero encaminando luego sus miradas al segadorcito de la pradera morisca, vió que a los pocos minutos iba a dar la hora, y cayó al momento en un estado muy pronunciado de nerviosa agitación.

—Padre—dijo Berta titubeando...—Mary...

—Sí, hija mía—respondió Caleb,—está ahí.

—¿No hay variación en *ella*? ¿Me ha dicho usted alguna vez algo de *ella* que no fuese verdad?

—Me temo que lo hubiera hecho, hija mía, si hubiese yo podido imaginarla mejor de lo que es—dijo Caleb.—Pero, por poco que la hubiese transformado, sólo hubiera podido perjudicarla.

Cualquiera que fuese la confianza de

que estaba animada la ciegucecita al hacer aquella pregunta, daba gusto ver su alegría y orgullo ante la respuesta de Caleb, y las nuevas caricias que prodigaba a Dot.

—Sin embargo, hija mía—replicó Dot—aun puede haber más variaciones de lo que usted supone. Variaciones ventajosas, quiero decir, variaciones que causarán gran alegría a algunos de nosotros. Si hay algunas de ellas que afecten a usted, no deberá dejarse arrastrar por una emoción demasiado intensa. ¿No es ruido de ruedas lo que se oye por el camino? Usted que tiene buen oído, Berta... ¿son ruedas?

—Sí, y que se acercan con gran rapidez.

—Sé... sé... sé que tiene usted oído fino—dijo Dot llevándose la mano al corazón y, evidentemente, hablando con toda la velocidad que podía, para ocultar sus latidos: lo sé, por haberlo notado con frecuencia, y, sobre todo, anoche, que reconoció usted muy pronto un paso extraño; aunque aun no sé a punto fijo por qué preguntó usted, pues lo recuerdo muy bien, «¿qué paso es ése?» ¿Por qué lo notó usted más que otros? Sí; como decía yo poco ha, se operan grandes cambios en el mundo, y lo mejor que podemos hacer es prepararnos para que no nos sorprenda nada.

Caleb se preguntaba qué quería decir todo aquello, notando al mismo tiempo que Dot se dirigía tanto a él como a su hija. La vió con extrañeza tan turbada, tan agitada, que apenas podía ella respirar y que tuvo que a asirse a una silla para no caer.

—¡Son ruedas, en efecto!—exclamó jadeante. — ¡Ya se acercan! ¡Más aún! Dentro de un instante están aquí. ¿Las oyen ustedes parar a la puerta del jardín? ¿Y qué paso es ése, fuera de la puerta de la entrada? El mismo de ayer, ¿no es el mismo, Berta?... ¡Y ahora!...

Dot profirió un grito de alegría, uno de esos gritos que nada puede detener y, precipitándose hacia Caleb, púsole la mano en los ojos en el momento en que un joven entraba precipitadamente en el cuarto y, arrojando el sombrero por el aire, acercábase a ellos corriendo.

—¿Se ha acabado?—exclamó Dot.

—Sí.

—¿Felizmente?

—Sí.

—¿Se acuerda usted de esa voz, querido Caleb? ¿No ha oído usted nunca, antes, una voz parecida a ésta?—preguntó Dot.

—¡Sí vivirá aún mi hijo, el que se fué allá, a América, al Sur, a California!—dijo Caleb, temblando.

—¡Vive!—gritó Dot apartando sus ma-

nos de los ojos que tapaban, y aplaudiendo, en un exceso de alegría.—¡Mírele! ¡Véale ante usted, fuerte y sano! ¡Su hijo querido! ¡Su querido hermano, Berta, que vive y los ama!

¡Llor a la criaturita por esos arrebatos! ¡Llor por sus lágrimas y risas, en tanto que el padre y los hijos estaban abrazados unos a otros! ¡Llor a la franca cordialidad con que Dot salió al encuentro del marinero curtido por el sol, con los cabellos negros flotándole por los hombros, sin desviar su boquita roja y permitiéndole, al contrario, besarla buena y llanamente y estrecharla contra su corazón palpitante de emoción!

Pero ¡llor también al cuco (¿por qué no?) por haberse precipitado fuera de la trampa automática del palacio morisco, como un fanfarrón y haber salido doce veces a la concurrencia con su intermitente ritornelo, cual si también él estuviera ebrio de alegría!

El trajinero, que entraba en aquel momento, dió un paso atrás; no esperaba hallar tan buena compañía.

—¡Mire, John!—dijo Caleb, fuera de sí.  
—¡Mire aquí! ¡Mi hijo de California! ¡mi propio hijo! ¡aquel que usted mismo equipó y embarcó; aquel para quien siempre fué usted tan buen amigo!

Acercóse el trajinante para darle la mano; pero retrocedió súbitamente, cre-

yendo reconocer las facciones del sordo a quien había llevado en el coche.

—¡Eduardo! —dijo.— ¡Cómo!...—¿Era usted?

—¡Cuénteselo todo ahora! —exclamó Dot.—¡Cuéntelo todo, Eduardo, y no me perdone, porque estoy muy dispuesta a no perdonarme nada yo misma!

—Era yo—dijo Eduardo.

—¿Y cómo ha tenido usted valor para entrar clandestinamente, disfrazado, en la casa de su antiguo amigo?—preguntó el trajinero.—Yo conocí en otros tiempos un muchacho leal... (¿cuántos años hace de esto, Caleb, desde que oímos decir que había muerto y creímos tener la prueba de ello?) que no hubiera hecho tal cosa...

—Lo mismo me sucede a mí; conocí en otro tiempo a un amigo generoso; más bien que un amigo, era para mí un padre —dijo Eduardo,—que nunca hubiera querido juzgar a un hombre, sobre todo a mí, sin oírle. Era usted. Así es que espero que me oiga ahora.

El trajinero, mirando turbado a Dot, que permanecía aún apartada de él, respondió:

—¡Pues bien! ¡sea! Nada más justo. Le escucho.

—Es menester que usted sepa que, cuando salí de aquí, muy joven aún—dijo Eduardo,—estaba enamorado, y mi

amor era correspondido. Tratábase de una moza muy joven, que acaso (me dirá usted) no conociese su propio corazón. Pero yo conocía el mío, y tenía intensa pasión por ella.

—¡Usted!—exclamó John.—¡Usted!

—Sí, en verdad—respondió el otro.— Y ella me correspondía. Siempre lo creí así, y, ahora, estoy seguro.

—¡Santo Dios!—dijo el trajinante.— ¡No faltaba más que eso!

—Habiendo sido constante—prosiguió Eduardo—y regresando lleno de esperanzas, después de muchos padecimientos y peligros, para cumplir mi parte de nuestro mútuo compromiso, me entero, a veinte mil millas de aquí, de que ha sido perjura, que me ha olvidado y se ha entregado a otro, a un hombre más rico que yo. No era mi intención echarle nada en cara; pero deseaba verla y convencerme por mí mismo de que aquello era verdad. Suponía que podría haber sido ella obligada a tomar esa resolución, contra sus promesas y recuerdos. Muy ligero consuelo sería éste, pensaba yo; pero, después de todo, sería un consuelo; y he venido. A fin de poder conocer la verdad, la *verdadera verdad*, de observar libremente por mí mismo, de juzgar sin obstáculos por parte de ella, y sin usar mi influencia personal sobre ella (suponiendo que la

tuviese), me disfracé... ya sabe usted en dónde. Usted no sospechó nada, ni *ella* tampoco (señalando a Dot) hasta que le dije unas palabras al oído, junto a ese mismo hogar, y que, por la explosión de su sorpresa, estuvo a punto de descubrirse.

—Pero, cuando ella supo que Eduardo vivía y estaba de regreso—dijo Dot, con la voz entrecortada por sollozos, hablando de sí misma, como ardía en ganas de hacerlo durante todo el relato del marino;—y cuando conoció su proyecto, le recomendó expresamente que guardase el secreto, porque su viejo amigo John Peerybingle era demasiado expansivo por naturaleza, y sobrado torpe para ocultar cualquier cosa, sí, verdaderamente torpe en todo y para todo, incapaz de ayudar a su argucia—añadió Dot, medio riendo y medio llorando;—y cuando ella, es decir yo, John,—añadió sollozando la mujercita,—le hubo contado todo, o sea que su amada le había creído muerto, que, al fin, habíase dejado llevar por su madre a una boda que, en su sencillez, llamaba ventajosa la buena vieja; y cuando ella, es decir yo, le dijo que aun no estaban casados (aunque muy próximos a estarlo) y que, de efectuarse la boda, no sería ésta sino un sacrificio, pues no había amor por parte de la futura; y cuando él se

volvió casi loco de alegría ante esa noticia, ella, o sea yo también, dijo que intervendría, como antes lo había hecho a menudo, John; que sondearía a su amante y sabría asegurarse bien de que ella, yo, no se equivocaba en lo que decía. ¡Y, en efecto, no se había equivocado, John! ¡y ellos se han reunido, John! ¡y se han casado, John! hace una hora. ¡Y he aquí a la novia! ¡Y Gruff y Táckleton está muy expuesto a morir soltero! ¡Y yo soy una mujercita feliz! ¡May, que Dios te bendiga!

Ahora bien, y dicho sea entre paréntesis, era una mujercita irresistible; pero nunca estuvo tan irresistible como en los transportes a que se entregaba en aquel momento. Nunca hubo felicitaciones tan tiernas y deliciosas como las que se prodigaba a sí misma y las que prodigaba a la recién casada.

En medio del tumulto de emociones que se alzaba en su pecho, el honrado trajinero permanecía confuso. De pronto, corre a ella; pero Dot extiende la mano para detenerle y retrocede lejos de él, conservando su distancia.

—¡No, John, no! ¡óyelo todo! No me ames más, John, hasta que hayas oído todo cuanto tengo que decirte. Mal estaba tener secretos contigo, John, y lo siento mucho. No creía yo haber procedido tan mal, hasta el momento en que

vine a sentarme a tu lado, anoche, en el taburetito; pero, cuando pude leer en tu rostro que me habías visto pasear con Eduardo por la galería; cuando vi lo que pensabas, comprendí toda la extensión de mi aturdida falta. Mas, por otra parte, ¿cómo has podido tener semejantes ideas, John? ¡Ah! ¿Cómo has podido tenerlas?

¡Pobre mujercita! ¡Cómo volvía a sollozar! John Peerybingle quería estrecharla en sus brazos. Mas no; ella no lo permitió.

—¡No me ames aun, John! ¡no seré larga! Cuando me entristecía la próxima boda, es porque me acordaba de May y de Eduardo, que tanto se amaban en su juventud, y porque yo sabía que el corazón de May distaba mucho de haberse entregado a Táckleton. Lo crees ahora, ¿verdad, John?

A este llamamiento, iba a responder John precipitándose sobre su mujer; pero ella le detuvo otra vez.

—¡No, quédate ahí, John, por favor! Cuando me ocurre chancearme, como lo hago a veces, John, llamándote torpe, ganso querido y otras cosas por el estilo, es porque te amo tanto, John, no sólo a ti, sino también tus modales, que no quisiera verte variar nada absolutamente, ni aunque fuese mañana para convertirme en rey.

—¡Bravo! ¡Bravísimo! — exclamó Caleb.—¡Soy de la misma opinión!

—Y cuando hablo de gentes entre dos edades, de gentes ya reposadas, John, y cuando digo que formamos una pareja rara, un tronco cojo y mal combinado, es solamente porque no soy más que una criaturita necia, y, por esta misma razón, me gusta a veces echarlas de señora. Pero todo eso es broma.

Dot vió que John iba a acercársele de nuevo; y le detuvo por tercera vez; pero por poco no lo hace a tiempo.

—¡No; no me ames aún; espera uno o dos minutos nada más, si gustas, John! Lo que más deseo decirte, lo he guardado para el fin. Querido, bueno y generoso John, la otra noche, cuando hablábamos del grillo, tenía yo en los labios una confesión que iba a dejar escapar y es que, al principio, no te amaba tan tiernamente como te amo ahora; que, cuando vine por primera vez aquí, a tu casa, casi temía no poder llegar a amarte tanto como esperaba, y pedía a Dios que me ayudase; ¡era yo tan joven, John! Pero, cada día, cada hora, te he ido amando más y más, querido John! Y si me hubiera sido posible amarte más de lo que te amo, hubiesen bastado para ello las nobles palabras que te he oído pronunciar esta mañana. Pero no puedo. Todo el cariño que ha-

bía en mí (y tenía yo mucho para dar) te lo he dado, como lo merecías, ha mucho tiempo, mucho tiempo, y ya no tengo más que dar. ¡Ahora, esposo querido, vuelve a ponerme en tu corazón! ¡Esta es mi casa, John, y no pienses nunca, jamás, en despedirme de ella para habitar otra!

Nunca sentiríais mayor placer al ver a una noble mujercita en brazos de nadie, que el que hubierais sentido viendo a Dot correr al encuentro de los abrazos del trajinero. Fué ésa la más ingenua, la más completa y franca escena de ternura y emoción que podáis ver en toda la vida que viváis.

Estad seguros de que John se hallaba en un estado de encanto indecible; y estad también ciertos de que lo mismo sucedía a Dot; pero, al mismo tiempo, tened igualmente por seguro que todos estaban extasiados, incluso miss Slowboy, que lloraba de alegría y que, en su deseo de hacer participar de ese cambio de felicitaciones a su joven carga, presentábala sucesivamente a cada uno de los asistentes, exactamente lo mismo que si hiciera circular una bandeja de refrescos.

En esto oyóse afuera ruido de ruedas, y alguien dijo que era Gruff y Tackleton que venía. En efecto, el digno *gentleman* hizo casi al mismo tiempo su

aparición, con el rostro inflamado y emocionadísimo.

—¡Vamos a ver! ¿qué diablos es esto, John Peerybingle? —dijo al entrar.— Debe de haber aquí algún error. He dado cita en la iglesia a la señora de Táckleton, y apostaría a que nos hemos cruzado en el camino, cuando ella venía aquí. ¡Tate! ¡si está ahí! Dispéñeme usted, caballero, no tengo el gusto de conocerle; pero, si puede usted hacerme el obsequio de dejarme a esa señorita, tiene ella un compromiso particular esta mañana.

—¡Cal! No pienso dejársela de ningún modo—respondió Eduardo.—Me es imposible.

—¿Qué quiere usted decir, vagabundo?—dijo Táckleton.

—Quiero decir—respondió sonriendo el otro,—que le perdono gustoso su mal humor, pues veo que está usted enfadado; pero esta mañana he de ser tan sordo para sus groseras palabras, como lo fui ayer tarde para toda clase de conversación.

¡Qué mirada le dirigió Táckleton, y cómo se estremeció!

—Siento mucho, caballero—prosiguió Eduardo, cogiendo la mano izquierda de May, y sobre todo el dedo del corazón, con afectación muy particular,— que esta joven señora no pueda acompañar a

usted a la iglesia; pero como ya ha estado allí una vez esta mañana, quizá tenga usted a bien disculparla.

Táckleton miró descontento aquel dedo del corazón, y sacó del bolsillo del chaleco un pedacito de papel plateado que, al parecer, contenía un anillo, y dijo a la criada:

—¿Quiere usted tener la bondad de arrojar esto al fuego, miss Slowboy?... Gracias.

—Ya ve usted —dijo Eduardo:—un compromiso anterior al suyo, un compromiso ya muy viejo, ha impedido a mi mujer ser exacta a su cita, se lo aseguro.

—El señor Táckleton será justo conmigo reconociendo que le había hecho fidelísimamente esa confidencia, y que, varias veces—añadió May sonrojándose—le he dicho que me sería imposible olvidarlo nunca.

—¡Oh! Es verdad, sí—dijo Táckleton.—Es perfectamente exacto. Nada puedo decir... ¿Es usted el señor Eduardo Plummer, supongo?

—Ese es mi nombre—contestó el recién casado.

—¡Ah! No le hubiera conocido—dijo Táckleton, examinándole con mirada escrutadora y haciéndole un profundo saludo.—Le doy mi enhorabuena, caballero.

—Gracias.

—Señora de Peerybingle—prosiguió Táckleton, volviéndose de pronto hacia donde estaba Dot con su marido,—mucho siento lo ocurrido. Nunca fué usted muy benévola conmigo; pero le juro por mi alma, que lamento sinceramente lo que ha pasado. Vale usted más de lo que yo creía. Dispénsese usted también, John Peerybingle. Ya me entiendo, y eso basta. No hay más que hablar: todo va admirablemente. ¡Que ustedes lo pasen bien, señoras y caballeros!

Y dicho esto, se fué, sin pedir más explicaciones; sólo se detuvo un rato a la puerta, para despojar al caballo de las flores y cintas que le adornaban la cabeza y darle un violento puntapié en las costillas, sin duda para enseñarle que había allí algún obstáculo.

Ya no se podía perder tiempo: había que pensar seriamente en celebrar el día de modo que dejase para siempre huellas en el calendario de fiestas y galas de la casa de Peerybingle. En consecuencia, Dot puso manos a la obra para preparar un banquete que cubriese de gloria inmortal su casa y cada una de las partes interesadas. En un santiamén hundió en la harina los brazos hasta el codo, incluso los encantadores hoyitos, y entretúvose maliciosamente en blanquear el vestido a John cada vez que éste se acercaba para besarla. El

buen hombre limpió las legumbres, ras-trilló los nabos, rompió los platos, volcó en el fuego las marmitas llenas de agua fría; en fin, ayudó de muchas maneras, en tanto que dos interinas, traídas de cualquier punto de las inmediaciones a toda prisa, cual si se tratara de un asunto de vida o muerte, corrían una contra otra, tropezándose en cada puerta y golpeándose en cada esquina. En cuanto a Tilly Slowboy, todos podían tener la seguridad de hallarla con el niño a cada paso. Hasta entonces, nunca había dado pruebas de tanta actividad Tilly; se multiplicaba, su ubicuidad era objeto de la admiración general. A los dos y veinticinco, estaba en el comedor, siendo un verdadero obstáculo para cuantos entraban y salían; a las dos y media en punto, hallábase en la cocina, a manera de emboscada; a las tres menos veinticinco, en el desván, como una trampa. La cabeza del niño hizo veces de piedra de toque para toda clase de materia animal, vegetal y mineral con que se halló en contacto; o, mejor dicho, aquel día no hubo en movimiento gentes, ni muebles ni utensilios que, en un momento dado, no trabaran íntimo conocimiento con la molliera del rorro.

Luego, se puso en pie una gran expedición para ir en busca de la señora

de Fielding, para expresar a esta excelente dama conmovedores pesares e inducirla, de grado o por fuerza, a que perdonase contenta la cosa. Y cuando hizo su primer descubrimiento la expedición enviada a explorar el campo, nada quiso oír la señora, en un principio, repitiendo incalculable número de veces que había vivido únicamente en espera de tan hermoso día, y que no le pidieran nada más; que no faltaba sino enterrarla, lo cual parecía absurdo, con razón, puesto que no estaba muerta, muy al contrario; al cabo de un rato, cayó en un estado de calma horroroso, y dijo que ya en la época de la célebre catástrofe del añil, había previsto que toda su vida estaría expuesta a toda clase de insultos y ofensas; que, por consiguiente, no le extrañaba lo que acaecía y que suplicaba que no se tomasen la menor molestia por ella (¿qué era, ella, en efecto? ¡Nada! ¡Un cerro a la izquierda!); que se sirvieran olvidarse de que había existido una pobre criatura como ella, y que siguieran derechos su camino cual si ella no existiese. Pasando de tan amargo y sarcástico tono, a un lenguaje inspirado por la ira, dejó oír esta notable expresión: «que el gusano se vuelve cuando lo pisan;» tras lo cual, acabó por expresar tierno pesar. ¡Si a lo menos le hubieran dado ellos su

confianza! ¡qué ideas no hubiera podido ella sugerirles! Aprovechando esa crisis operada en sus sentimientos, la abrazó la expedición. Entonces, no tardó la señora de Fielding en calzarse los guantes y encaminarse a casa de John Peerybingle, con irreprochable compostura, como mujer elegante, llevando atada al cinturón y envuelta en papel una cofia de gala, casi tan alta como una mitra y seguramente más rígida.

Los padres de Dot, que debían venir también en otro carricoche, tardaban; la gente empezó a inquietarse y a mirar con frecuencia a la carretera, por si los veía; la señora de Fielding al revés y en una dirección moralmente imposible; y cuando se lo hicieron notar, respondió que creía poder tomarse la libertad de mirar a donde le viniera en gana. Al fin llegó una parejita rolliza, que caminaba con paso corto y firme, verdadero sello de la familia de Dot. Dot y su madre, sentadas, una al lado de otra, tenían un parecido chocante.

La madre de Dot tuvo que renovar su amistad con la de May; la madre de May seguía afectando sus modales de gran señora, mientras que la de Dot sólo seguía sobre sus piecitos de rara actividad. Y el viejo Dot (quiero decir, el padre de Dot; me he olvidado de que no era ese su verdadero apellido, aunque

poco importa), se tomaba libertades con la señora de Fielding; le dió apretones de mano a primera vista, sin más reverencia para la famosa cofia, en la cual parecía no ver él sino un compuesto de engrudo y muselina; no demostró ninguna sensibilidad por las desgracias del difunto añil, en vista de que él nada podía remediar, en fin, según definición de la señora de Fielding, era un buenazo, pero ¡ay, chical! ¡qué grosero!

No quisiera yo, por todo el oro del mundo olvidar a Dot, haciendo los honores con su traje de bodas: ¡bendito sea su bello rostro! ¡No! ni al bueno del trajinero, tan jovial y rubicundo, sentado al extremo de la mesa; ni al moreno y fresco marinero con su graciosa mujer, ni a ninguno de los convidados. En cuanto a la cena, fuera también lástima olvidarla. Nunca se comió cena tan substanciosa ni apetitosa: casi lo mismo me gustaría olvidar los vasos llenos hasta el borde en los cuales se bebió a la salud de las bodas: el peor de todos los olvidos.

Después de cenar, entonó Caleb su canción báquica en honor del vino espumoso. Y tan cierto como yo soy un hombre vivo y que espera vivir todavía un año o dos, que la cantó sin dejar una sola copla.

Y de pronto, sobrevino un incidente

del todo imprevisto, casualmente en el momento en que terminó Caleb la canción.

Llamaron ligeramente a la puerta: entró un hombre vacilando, sin decir «¿Se puede pasar?» o «Con su permiso.» Traía una cosa pesada en la cabeza, y dejó su carga en el centro de la mesa, sin deshacer la simetría, en medio de las nueces y manzanas.

—El señor Táckleton—dijo—saluda a ustedes, y como no necesita ya para él la torta de bodas, espera que se digen ustedes concederle el honor de comérsela.

Tras esas breves frases, salió.

Esparciose cierta sorpresa entre los reunidos, como podéis imaginar. La señora de Fielding, persona de infinito discernimiento, insinuó que la torta estaba envenenada, y contó la historia de otra torta, que, según ella sabía, había hecho desaparecer todo un colegio de señoritas; pero la contestaron con unánimes reclamaciones que decidieron el asedio de la plaza; May hundió en ésta el cuchillo con gran aparato y en medio de la alegría general.

No creo que la hubiera probado aún nadie, cuando dieron otro ligero golpecito en la puerta; reapareció el mismo hombre, llevando en los brazos un enorme paquete envuelto en papel gris.

—El señor Táckleton felicita a ustedes y envía unos juguetes al nene. No son feos.

Dicho esto, retiróse como la primera vez.

Muy embarazados hubiéranse visto los convidados para hallar palabras con que explicar su asombro, aun cuando, por otra parte, hubieran tenido más tiempo de buscarlas. Pero no les dejaron, porque, apenas había cerrado el porteador la puerta, cuando, a un tercer golpe dado casi inmediatamente, entró en el comedor el mismo Táckleton en persona.

—Señora de Peerybingle—dijo el comerciante de juguetes,—tengo muchas penas, más aún que esta mañana. He tenido tiempo sobrado para pensar en ellas. John Peerybingle, mi carácter es bastante malo por naturaleza; pero no puede menos de mejorar, más o menos, en compañía de un hombre como usted. Caleb, esa criadita me dió anoche, sin pensarlo, una especie de aviso enigmático cuya clave he encontrado. Me avergüenzo al pensar cuán fácil me hubiera sido hacer que usted y su hija me tuviesen apego; ¡y qué miserable idiota era yo al tomarla por idiota a ella! Amigos míos, permítanme que les llame por ese nombre a todos, mi casa está muy solitaria esta noche. Ni siquiera tengo un

grillo en el hogar, puesto que los he asustado a todos. ¡Tengan piedad de mi aislamiento, y permítanme unirme a su feliz reunión!

En cinco minutos estuvo como en su casa. Nunca habéis visto semejante compañero. ¿Qué había tenido toda su vida para no haber sabido hasta ese día, cuán alegre convidado podía ser? o bien ¿cómo se arreglaron las hadas para operar en él semejante cambio?

—John, ya no querrás enviarme esta noche a casa de mis padres... ¿lo sigues queriendo, John? —murmuró en voz baja Dot.

¡Y sin embargo, había estado muy próximo a hacerlo!

No faltaba más que un sér viviente para que la partida estuviera completa; en un abrir y cerrar de ojos, estuvo allí, sediento, a fuerza de haber corrido, y realizando inútiles esfuerzos para meter la cabeza en el gollete demasiado estrecho de un cántaro. Había seguido al coche hasta el término de su viaje, muy contrariado por la ausencia de su amo, y sumamente rebelde contra su substituto. Después de haber rodado por los alrededores de la cuadra durante cierto tiempo, muy poco tiempo; después de excitar en vano al caballejo para que regresase solo, por un acto positivo de picardía, había ido a echarse

a la sala de la taberna vecina. Pero, cediendo de pronto a la convicción de que el reemplazante del honrado John no era sino una mala broma, que no merecía la pena de quedarse con él, colocóse de nuevo sobre sus patas, volvióle la espalda y emprendió de nuevo el camino del hogar.

Por la noche, pusieron a bailar. Me hubiera limitado a mencionar de modo general esa diversión, si no tuviese motivos para suponer que fué un baile del todo original y de carácter poco común. Ved aquí de qué rara manera comenzó.

Eduardo, el marinero, muchacho bueno, valiente y leal, había relatado cosas maravillosas de los loros, las minas, los mejicanos, el oro en polvo, etc., y, de pronto se le ocurrió saltar de la silla y proponer un baile, pues estaba allí el arpa de Berta, y ésta manejaba admirablemente el instrumento. Dot (¡qué buena pieza, con sus apariencias hipócritas a veces!) dijo que ya había pasado para ella la época de los bailes; pero presumo que la verdadera razón es que en aquel momento fumaba su pipa el trajinero, y Dot prefería permanecer sentada a su lado. Después de esto, ya supondréis que la señora de Fielding casi no podía aceptar un bailarín, y vióse también muy obligada a decir que el

tiempo de los bailes había pasado igualmente para ella. Todos dijeron lo mismo, excepto May, que estaba ya preparada.

Así pues, Eduardo y May, se levantaron en medio de aplausos para bailar solos; y Berta ejecutó la pieza más apasionada.

¡Pues bien! Aunque no me creáis, aun no habían bailado cinco minutos, cuando, de repente, arroja el trajinero la pipa, coge a Dot por la cintura, se lanza al centro del cuarto y revolotea con ella de sorprendente manera, haciendo piruetas, ya sobre los talones, ya de puntillas. No bien las hubo visto Táckleton, cuando se desliza ligeramente hasta la señora de Fielding, la coge a su vez de la cintura y sigue el movimiento. Así que el viejo Dot ve esto, pónese en pie, alerta, arrastra a su mujer en medio del grupo, y colócase a la cabeza de éste. Caleb, a su vez, apenas lo ve, coge por ambas manos a miss Slowboy, y arranca inmediatamente con ella; miss Slowboy, convencidísima de que las únicas reglas del baile consisten en sumergirse vivamente en medio de las demás parejas y ejecutar a expensas de ellas cierto número de choques más o menos violentos, gozaba a sus anchas.

¡Escuchad cómo el grillo acompaña

con su crri, crri, a la música, y cómo zumba el perol!

.....  
Pero ¿qué es esto? En tanto que yo los escucho con vivo sentimiento de satisfacción y felicidad, y me vuelvo hacia Dot, a fin de ver por última vez esa carita que tanto me gusta, Dot y los demás se han desvanecido en el aire, dejándome solo. Un grillo canta en el hogar; un juguete de niño yace roto en el suelo, y nada más.

\* \* \*

## EL ARMARIO DE ENCINA VIEJO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1625 MONTERREY, MEXICO